

LIBROS

Narciso y sus fábulas frías

Hay muchas maneras de fabular, de hilvanar una historia: una de ellas consiste en pretender que el lector crea, desde el primer momento, en la verdad de esa historia, o al menos en su posibilidad; como abogados, los que cultivan este tipo de fábula tienden a presentarnos a sus clientes —a sus retratados— como seres creíbles, consistentes, tan ineludibles y “explicables” como un plato de lentejas —si es que alguien se explica lo que es un plato de lentejas—, y tan sólidos como si fueran tridimensionales, en vez de fantasmas de palabras y de sueños. Otra forma, la más brava y sutil, va por el camino contrario: desde la desmesura, desde la deformación aparente de la realidad, van definiéndola. Sus materiales son como espejos de feria, sus instrumentos no son bisturíes de disección. No confunden lo imaginario con lo real, la vida con la palabra, sino que explican éste en aquél, y convierten a aquélla en ésta. A esta última especie corresponde la fábula “Narciso”, del poeta Germán Sánchez-Espeso (1).

He dicho fábula y poeta, no novela y novelista, y lo he hecho adrede. Pues si bien “Narciso” está planteado como una novela —o tal vez como dos—, y no falta a ninguno de los preceptos de la novelística burguesa más tradicional, no lo es. Y Sánchez-Espeso, aun siendo un novelista consumado, tampoco es sólo eso. El autor juega con las palabras, les impone unas cadencias a la vez de sonido y de significación, las dota de una estructura compleja, y se convierte en poeta. Y, además, en poeta surrealista: funde el plomo de sus sueños para hacer un oro surrealista. Y así fabrica una fábula con doble moraleja, contradictoria moraleja, donde el pecado encuentra su penitencia y vuelve luego a resolverse tal penitencia en juego de artificio, en broma dorada.

Algunos verán en Sánchez-Espeso a un barroco. Sin embargo, no hay en él nada de la desor-



Germán Sánchez-Espeso.

denada lujuria barroca: se trata más bien de una búsqueda del orden a través del caos —siempre aparente— del lenguaje. Y de un lenguaje al que no se le da ninguna libertad, que es instrumento ciego en manos del autor. Otros dirán que es un “experi-

mentalista”. Y no lo es más que cualquiera que se encuentra con la experiencia de escribir, siempre nueva y diferente para cada uno. Se trata, en realidad, de un esteta. De un esteta bromista, que juega con todo lo que sabe —y es mucho lo que sabe—, e in-

cluso con todo aquello que ignora. Inmenso predicador retórico, dispuesto siempre a sorprender a su auditorio con una nueva paradoja, o con una nube de humo que parece ocultar la verdad, pero que en realidad la define. Su sentido del humor impregna todo su trabajo: burla constante de sí mismo, del sexo, de la mujer —parece que ahora está prohibido burlarse de la mujer, y es una pena; es una pena, porque en ella se ha refugiado lo sagrado, y lo sagrado es lo único que merece nuestra burla—, del hombre, de la vejez misma y de la fealdad. Pero no es una burla cruel, sino tan sólo fría, distanciada. No en vano practica Sánchez-Espeso el yoga: esto le da una rara capacidad de estar a la vez dentro y fuera de las cosas, en el mundo y a la vez fuera de él.

El sexo es la primera preocupación de esta novela. Es un ele-

Mientras viva la lengua

—¿Conoce usted esta cita de Flaubert? La encuentro muy hermosa: “Escribo no para el lector de hoy, sino para todos los lectores que puedan presentarse mientras viva la lengua”.

—Es trivial. ¿Qué escritor del siglo XIX no ha manifestado escribir no para sus contemporáneos, sino para sus sucesores? Es un razonamiento arrogante de que se sirve profusamente la política: poco importe el hoy (suframos, hagamos sufrir), el mañana nos justificará.

—No es lo que dice Flaubert. Es la suya una declaración modesta. Escribe para un lector incierto del que no está totalmente seguro que se presente. Y lejos de vincular la literatura a grandes doctrinas triunfantes, a revoluciones de mentalidad; en una palabra, a contenidos, la liga a una forma: la lengua francesa. Forma que no concibe como eterna.

—¡Tiene razón! Porque la lengua, para Flaubert, es el “bello estilo”, el estilo trabajado, una prosa cultural, artificial, tan calculada como la poesía de su siglo. Y esa lengua está en trance de morir. Flaubert tiene, pues, los días contados.

—Usted simplifica. Dice: la lengua, para Flaubert, no es más que el estilo. Yo invertiría la proposición: el estilo, para Flaubert, es toda la lengua. Porque lo que trabaja no son figuras, giros, adornos, efectos retóricos, es un objeto puramente lingüístico; la

frase. Flaubert busca una frase absoluta. ¿una frase quizá, precisamente, eterna?

—Pero la frase está en suspenso. En primer lugar no sabemos exactamente en qué punto nos hallamos respecto a la lengua francesa. ¿Hablamos mediante frases? Nada menos seguro. Escuche cualquier conversación: comienza, se bifurca, se pierde, se encabalga, en una palabra, no acaba, y no acabar una frase es matar la idea misma. ¿Escribimos mediante frases? Sí, sin duda, ya que puntamos nuestros textos. Pero aquí y allá, en los márgenes de la cultura (o normativa) la frase se pulveriza:

por ejemplo, en la poesía, el texto de vanguardia y los anuncios por palabras, ante los que algunos —y se trata de una novedad— habían ya el lenguaje del afecto.

—Se trata sólo de un movimiento de superficie. Lo amenazado es la frase estilística. Pero, respecto a la frase estilística, usted sabe que algunos lingüistas americanos la consideran, siguiendo a Chomsky, como una herencia biológica: la frase sería en el hombre propiamente innata, y no adquirida por aprendizaje.

—Así, lo que da miedo no es en ningún modo la destrucción de la frase. Es, abonado por las hipótesis científicas a las que usted acaba de referirse, el advenimiento a toda la sociedad de una frase-estándar, sin sabor propio, sin diversidad, sin especialidad: frase-monstruo de la sociedad de comunicación.

—Me sorprende que, entre los (innumerables) juegos de perspectiva a que nos dedicamos, tratando de prever la sociedad del año dos mil jamás se plantee esta pregunta: ¿qué lengua hablaremos mañana? ¿Qué lengua desean para nosotros esos grandes líderes que piensan la patria?

—Dicho de otro modo (y estaremos de acuerdo): la frase es un objeto absolutamente político.

■ ROLAND BARTHES. © TRIUNFO y “Le Nouvel Observateur”.

Gustave Flaubert.



(1) Ediciones Destino. Premio Nadal, 1978.